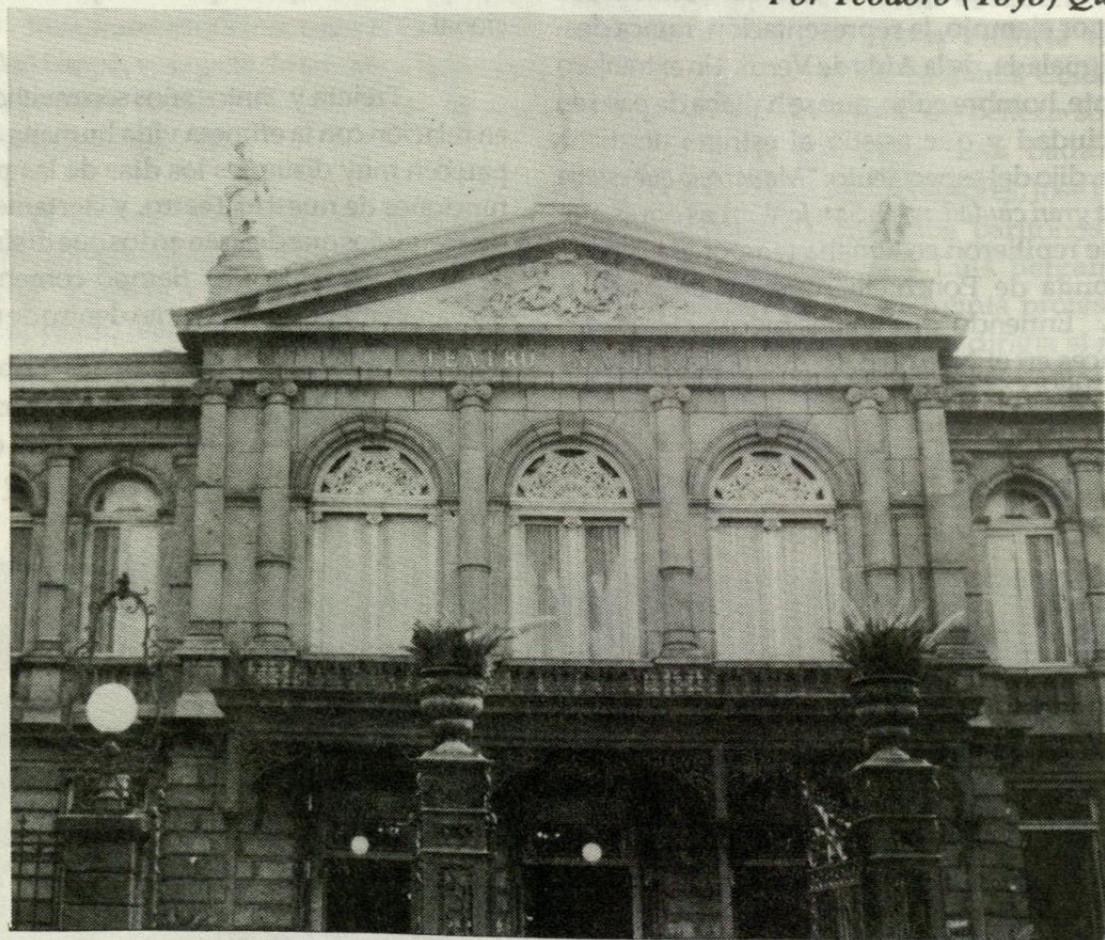


¡Nuestro Coliseo!

Por Teodoro (Yoyo) Quirós*



Pues señor, en Babia —capital de aquella famosa ínsula de que les vengo hablando a ustedes— hay un teatro suntuosísimo, al que llaman los babiecas, orgullosamente, *nuestro Coliseo*.

Pero si bien es el orgullo de aquel país, buenos duros le cuesta al pueblo soberano (¡y tan soberano!), y hay quien dice en Babia que hubiera costado menos el palacio aquel a no ser que...

Yo no quiero repetir lo que dicen, porque doy poca fe a esas habladurías de calles y plazas y, además, tengo completa seguridad de que casi todos los funcionarios públicos de allá tienen la conciencia tranquila.

Tranquila como un lago cuando está tranquilo; o, vamos al decir, un lago en noche apacible de luna cuando ni el más ligero soplo riza las argentadas aguas.

(Nota. —Yo soy poeta a ratos, sobre todo cuando tengo el pelo crecido).

Los babiecas se sienten tan civilizados en presencia de aquel magnífico templo del arte, que apenas llega un forastero, lo primero que le dicen es:

—¿No ha visto Ud. el Teatro? ¿No? Pues no ha visto nada. ¡Es una cosa soberbia!

—Es mucho teatro para una ciudad como ésta —suelen decir algunos— aquí donde no hay siquiera buena cañería, ni una Universidad que valga la pena!...

—Pero hay gente muy ilustrada que sabe gastarse dos duros por oír una buena ópera.

Lo que no olvidarán nunca los habitantes de Babia, es aquella noche memorable del estreno del teatro.

Mucho tiempo estuvo discutiéndose en el Gabinete Ministerial, si se estrenaba el monumento con una temporada de ópera o de zarzuela, y hubo alguno que opinó porque se inaugurara con una serie de funciones de linterna mágica o de títeres, diversiones muy a gusto del pueblo, ya que el pueblo era quien había pagado la construcción del templo de Talfá.

A lo que replicó uno de los escribientes más notables, que aunque el pueblo era el pagano, el teatro había sido hecho solamente para al gente de buena capa social y de buena levita.

—El pueblo, dijo el Ministro, que beba *guaro*, para eso lo damos barato.

Se dispuso al fin hacer venir una compañía de ópera francesa, contra el deseo de la mayoría de los *gomosos* notables y de las personas más ilustradas, que estaban por la ópera italiana.

Pero como allá no era la primera vez que hacían los de arriba alguna cosa contra el deseo de la gente, vino al fin la compañía francesa, y además un cuerpo de baile, que fue enseguida el campo de operaciones de los más *corrongos* tenorios de la localidad.

La primera noche teatral era esperada con ansias, sobre todo en los círculos aristocráticos.

En las tiendas, los dependientes no se daban punto de reposo, vendiendo telas para los trajes, guantes, zapatillas, perfumes y todos esos chismes que las mujeres usan para embobarnos.

Los hombres no andaban menos atareados; algunos buscando por ahí un frac prestado y otros dando sablazos modestos para comprar una botonadura o un cuello elegante, con la correspondiente corbata blanca.

—Adiós, Pepe —se oía decir en la calle—. ¿Vas mañana al estreno?

—¡Naturalmente! ¿y tú?

—Mira: *fauteuil d'Or*, *cheste n° 81 D*.

—¿Y qué es eso?

—La localidad, hombre, la localidad; eso quiere decir, butaca derecha n° 81.

—Yo me voy arriba, al Paraíso, ... no tengo *esmoquin*, ni *chistera*, ni nada.

—¡Infeliz!

Llegó por fin la deseada noche. El teatro estaba que parecía una ascua de oro, como dijeron los cronistas.

Babia estaba de gala.

Desde muy temprano empezaron a llegar las damas que daban miedo de emperifolladas, y los mozos muy estirados y orondos.

La mayor parte nunca se habían visto con aquellos trajes y aquellos sombreros que parecían obuses. Estaban incómodos y sin saber que actitudes tomar en los pasillos y en el *foyer* para no parecer ridículos.

Han de saber ustedes que yo estaba en Babia por aquel tiempo y fui al teatro con un frac que me alquilaron en una sastrería: Me estaba tan mal la prendita aquella y hacía una figura tan extraña con la *chistera*, caída un tanto hacia atrás, y los guantes a medio poner, que un señor que estaba a mi lado le dijo a su compañero.

—Mira qué facha... la de ese joven de al lado.

—Yo lo conozco —dijo el otro— es el Director de la Banda del Zarcero o de Tarrazú.

Pasado el primer acto, en medio del entusiasmo de todos nosotros, que nunca habíamos visto ni oído cosa igual, invadimos los pasillos y el *foyer* haciendo comentarios.

—¡Caramba! —decía uno— ¡tanto cantar aburre!

—¡Que fuerza la del barítono!

—No era el barítono, era el tenor.

—No, era el bajo.

Y no faltó quien dijera:

Era una tiple.

Otro, más inteligente dijo:

—Qué dúo tan hermoso el que cantó el tenor.

A una señorita que venía del *foyer* con la mamá, al saludarla unas amigas al pie de la escala principal, le preguntaron:

—¿De dónde *venís*, niña?

—Vengo del *fuelle*, de refrescarme.

¡Y se quedó tan fresca...!

1900